

# LA LEYENDA DE LOS LOBOS

PISCARIA

Emílbdmíl

# LA HUIDA

No poseemos ni sangre noble ni hidalguía reconocida, aunque nuestro linaje se pierda en el tiempo.

No somos una familia pendenciera, ni cicatera, ni de esas que gastan sus horas en la cantina, bebiendo aguamiel hasta caer rendidos. No, nosotros preferimos invertir nuestros días en arar el terruño, en cuidar nuestras abejas y ordeñar las únicas dos vacas que poseemos.

No gozamos de venías papales, ni tenemos heráldicas adornando nuestras paredes, ni blasones engalanados de querubines y flores de lis, ni armas y aceros colgando de nuestros muros. No. Los únicos hierros, ajados y herrumbrosos, que puedes encontrar en nuestra morada, son el arado, el dalle y la azada y todos ellos mellados por el uso.

Vivimos en una humilde casa, en el camino de la Vega, en un claro a orillas del río Ebro. Una casa elaborada con cantos rodados y madera de roble viejo que Jeromo, único varón de la familia, construyó junto a su padre, hace muchas, muchas primaveras. Su padre murió antes de ver nacer a su hija. Tal vez fuera un castigo divino o simple providencia o tal vez un oscuro presagio. En verdad que no lo sé, pero lo que sí sé es que la historia siempre tiende a repetirse.

En esta casa, Jeromo convive con su esposa, Fátima, con su suegra, Elvira, con una joven burra a la que su mujer llama «Princesa», con una pareja de vacas que les llevó los ahorros de toda una vida y con varias gallinas que, cada amanecer, cacarean alborozadas esperando que alguien les abra las puertas del corralito.

Todo el mundo en Piscaria nos conoce, somos los Alcalá.

Aunque no siempre ha sido este nuestro apellido. Mis antepasados vinieron a estas tierras castellanas allá por el siglo VIII, con los primeros conquistadores árabes. Por aquel entonces nos apellidábamos Al-Qualat. Hace ya muchos siglos que tuvimos que cambiar nuestra fe y nuestro apellido, si queríamos conservar nuestra vida. Ahora rezamos a otro dios, al menos en público, y nos apellidamos Alcalá.

Sí, todo el mundo nos conoce, sobre todo a las dos mujeres que conforman la familia, damas de extraordinaria belleza, según afirma el populacho. La mayor de ellas y esposa de Isam se llama Elvira, ahora es viuda y domeña las plantas como nadie y quizá sea por esa sabiduría que posee que los incultos decidieron ponerla un mote: la conocen como «la Bruja». De otro lado está su hija, Fátima, quien rondaba las veinte primaveras cuando se desposó, hace ahora catorce meses, con Jeromo, el hombre más feliz de la tierra.

Los pesqueranos conocen bien a Fátima, no solo por su extraordinaria belleza, sino también porque es la hija de Isam Alcalá, «el Moro», la hija de la Bruja, quien, además de elaborar pociones de amor y ungüentos curativos, conoce los entresijos de la alquimia. Por eso le llaman «la Morita».

Lo dicho, aunque nuestro apellido, sea este el viejo o el no tan viejo, y nuestra familia lleve más de setecientos años asentada en estas tierras regadas por el Ebro, trabajando los campos, roturando los terrones infectados de pedregal y dejándonos la piel para obtener el escaso alimento que esta yerma tierra nos da, nuestros descendientes siempre han sido tratados como extranjeros y, peor aún, como herejes.

¡Cómo si amar a otro dios fuese un imperdonable delito!

Cierto día, no hace muchos años, la inquisición se llevó a Isam, *para interrogarle*, dijeron, ya nunca más se supo de él.

## *La serna*

*Intención vil y desalmada  
la de quien acechando en la penumbra  
irrumpe en morada ajena,  
y como traicionero Judas,  
en tan señalada fecha,  
a grito de «aparta brujía»,  
de los pechos de la madre arrebatada  
a su recién nacida criatura.*

*Piscaria, año de Nuestro Señor de 1.502*

—¡¡JEROMO!! ¡¡JEROMO!! —grita Elvira asomando la cabeza por el ventanuco que da al almendro seco. Ruge con todas sus fuerzas, esperando que el eco de su voz rebote entre las rocas y recorra las laderas del Alcídón hasta llegar a oídos de su yerno.

—¡¡JEROMO!! —insiste.

—¡¡JEROMO, JEROMO, JEROMO!! —repite incansable el eco.

Jeromo se encuentra en su humilde dujo, cerca de la ermita de San Julián, a menos de media legua de su casa, recogiendo la rica miel que las trabajadoras abejas le regalan. En cuanto escucha el tenue eco de esa llamada, reposa el ahumador sobre el viejo banco de madera, se quita el vendaje con el que protege su cabeza, se cala su capelina negra hasta las cejas y corre sendero abajo, hacia su casa.

«Espero llegar a tiempo», jadea mientras esquivo de un salto el muro de piedra que protege sus colmenas y se encamina veloz por el sendero de Arroyo Fuentes.

Jeromo abre la puerta con nerviosismo.

Tumbada en un jergón descansa su mujer quien está a punto de dar a luz. Incluso así, con la cara enrojecida por el esfuerzo, con las gotas de sudor recorriendo sus sienes, con su pelo azabache enmarañado y el rostro henchido de dolor, Fátima sigue siendo la mujer más hermosa de toda la comarca.

—¿Ya? —pregunta Jeromo mirando a su suegra quien está reclinada en el camastro donde descansa la parturienta.

Jeromo está tan nervioso que no se ha dado cuenta de la presencia de Juliana, la curandera del valle, una mujer que dejó de contar su edad por años para pasar a contarla en lustros. La anciana se halla reclinada sobre el lar, avivando el fuego con trozos de encina, calentando una puchera de agua tibia. Levanta la cabeza y, con la mirada vacía, pues desde hace varias décadas que sus ojos dejaron de ver lo que no le interesaba, le dice a Jeromo:

—¡Relájate hombre!, que ni es el primer niño que viene a este mundo, ni será el último.

Da igual lo que diga la anciana, Jeromo sigue nervioso. Este va a ser su primer hijo. Le tiembla el pulso, su corazón late demasiado acelerado.

—Estate tranquilo esposo mío, que al final me vas a poner nerviosa a mí también —trata de tranquilizarle su mujer desde el lecho, regalándole una dulce mirada.

Esta le extiende la mano y Jeromo la acaricia con ternura.

—¿Qué tal estás, amor mío? —pregunta Jeromo.

Fátima va a responderle cuando una punzada en su vientre habla por ella.

—¡Ugg! —exclama de dolor.

—Decidme, ¿qué hago? —suplica Jeromo buscando con su mirada a su suegra.

—¡Ven aquí y vierte esta agua en el barreño!— le responde la anciana.

—Aguenta, mi niña. ¡El bebé ya está aquí! Un último esfuerzo. ¡Vamos, mi cielo! —anima Elvira a su hija.

Con dulzura, Elvira retira un rizo de pelo que cuelga sobre la frente sudorosa de la parturienta, le regala un tierno beso en la mejilla para, finalmente, reclinarse a los pies del camastro. Elvira es una mujer de poco más de cuarenta años, viuda desde que la inquisición, traicioneramente, le arrebatara a su esposo. Posee las duras facciones propias del desgaste que el campo produce en quien lo trabaja. Su pelo es negro como el azabache y, desde hace años, lo lleva recogido en un moño. Con solo ver su rostro se descubre de dónde le adviene a su hija, Fátima, tanta hermosura.

Un penetrante dolor, que solo una futura madre puede soportar, recorre la columna de Fátima y le obliga a cerrar los puños y apretar sus dientes.

—¡Ugg! —vuelve a quejarse.

—Respira fuerte y empuja. Empuja que ya veo su cabecita —le insiste Elvira.

—¡Tened cuidado! El diablo se acerca —murmura la curandera con voz de ultratumba. Se incorpora y, apoyándose en el quicio de la chimenea, eleva sus ojos ciegos al techado, quizá buscando la presencia de ese espíritu maligno y se acerca al camastro. Elvira está tan ensimismada en ayudar a traer al bebé al mundo que no oye esa advertencia.

En ese momento se escucha el llanto de un bebé.

—¡Es un niño, un precioso niño! —exclama Juliana mientras corta con una navaja el cordón que une a madre e hijo. Luego, lo envuelve entre paños y se lo entrega a Fátima.

La madre lo recoge entre sus brazos.

—¡El diablo está cerca! —repite la anciana.

El sonido de unas pisadas, acercándose a la casa, atraviesa las paredes de piedra. Un hombre, tuerto, con un parche en el ojo derecho y con el rostro marcado por incontables batallas, da una patada a la portilla y se adentra en la vivienda. Le siguen dos hombres, ataviados con enseñas militares y reluciente acero.

—¡Todo lo que sus nace en la serna es propiedad del Señor! —dice, parándose en el centro de la habitación y llevando su diestra

al pomo de su espada, el cual tiene la forma de una cabeza de cuervo. Sus secuaces lo imitan.

Sin añadir ningún comentario más, aparta de un empujón a Elvira, se aproxima a la parturienta y, con un brusco movimiento, le arrebató el bebé de sus brazos.

—Ese es mi hijo, suéltalo malnacido. No tienes dere... —perjura Jeromo, lanzándose contra el intruso.

Pero el tuerto es ducho en el oficio de matar. Con rapidez, desenvaina su espada y, antes de que Jeromo termine de decir su última palabra, lo ensarta como se ensarta al pichón antes de ser llevado a la brasa. Instantes después, y ya con el último aliento huyendo de su garganta, Jeromo cae al suelo. Un borbotón de sangre mancilla el suelo yermo de la habitación.

Elvira intenta reaccionar, trata de socorrer a su yerno, pero uno de los secuaces la retiene, acomodando su daga en el cuello. Un incipiente reguero de sangre recorre el acero.

—Déjalo que muera como el sucio perro que es o serás tú quien le acompañe —ríe el secuaz.

Elvira siente el frío acero clavándose en su piel, lo único que puede hacer es maldecir para sus adentros mientras hunde sus ojos en las pupilas de ese esbirro, las tiene negras y frías, negras como un pozo sin fondo, frías como el corazón de una alimaña. A la mujer no le queda más remedio que permanecer inmóvil, viendo como su yerno se desangra y muere.

Sin mediar más palabras que las dichas, el tuerto limpia el acero con la colcha de lana que cubre la cama y lo enfunda en su vaina. Mira a las mujeres con desprecio, se lleva el bebé al pecho, lo atenaza con fuerza y abandona el deshonorado hogar.

Cuando el sicario retira el filo del cuello de Elvira, esta ve en su mirada el mismo desprecio con el que mira una víbora cuando sabe que ha inoculado su veneno sobre su presa. Es una mirada que nunca olvidará.

Los matones siguen a su jefe, regalando a las mujeres una mirada hostil. Fátima no sabe por quién llorar, si por la pérdida de su



marido o porque le acaban de arrebatarse a su recién nacido. Aún siente su calor dentro del vientre, aún escucha su tenue llanto perderse en la distancia, llanto que ella confunde con una llamada de auxilio.

Trata de incorporarse, pero sus piernas flaquean.

—¡Escuchad! No oís, es el sonido de un ángel quien ahora llama a vuestra puerta—dice Juliana con la mirada perdida en algún punto del infinito.

—¡Madre! Mi tripa, me duele mucho —llora la parturienta como si hubiese sido ella quien sufriera la mortal estocada.

La madre vuelve a tumbarla sobre el colchón y le refresca la frente con un paño húmedo.

—¡El ángel ya está aquí! —repite Juliana mientras se acerca a Fátima y espolvorea unas cenizas sobre su vientre desnudo. Una vez realizado este acto, abre la puerta y, con paso renqueante, abandona la morada, murmurando esa misma frase, la cual se va perdiendo en la distancia:

—¡El ángel ya está aquí! ¡El ángel ya está aquí!

—Hija, empuja. Creo que viene otro retoño —dice su madre extrañada. Tras fuertes esfuerzos, nuevos gritos y empujones, una delicada cabeza del color del fuego emerge entre sus piernas.

—¡Es una niña! —exclama Elvira llena de gozo—. ¡Una preciosa niña!

Elvira limpia a la recién nacida y, una vez aseada, se la entrega a su madre. Pese a la cara de paz que ahora dibuja el semblante de Fátima, esta no olvida que a escasos pasos de su lecho yace el cadáver aún caliente de su marido y que su hijo le ha sido arrebatado de sus propias manos.



## *La familia Merino y Peñalba*

*Piscaria. Varias lunas atrás*

Los Merino son una de las familias más influyentes de Piscaria. Hídalgos de solar conocido desde hace varias generaciones, poseen, entre otras propiedades, «el Palacio», quizá el edificio más emblemático de todo el pueblo. Este se asienta, arrogante y altivo, en la parte más elevada del barrio En Cabo. Adorna cada una de sus fachadas con el blasón de los Merino, tallado en la dura piedra. Pero lo que más destaca de su fachada es ese imponente ventanal que deja pasar los haces de luz a su interior, es como la firma de su constructor, el maestro cantero Benavente de Hoznarcollar que gusta abrir grandes boquetes en las paredes, adelantándose al gótico.

En vísperas de Santa Lucía se espera la llegada al pueblo del prestigioso médico de la Corte, el decano don Arturo Díaz de Montellano. Al parecer, el único hijo de los Merino, Rodolfo, lleva varios días con fuertes fiebres y está más cerca de hablar con san Pedro que de estrenar un nuevo año.

Es, después de esta visita, cuando se desencadena una noticia, la cual mantiene intrigado al populacho: Doña Catalina del Moral, la mujer de don Pedro Merino y Peñalba, ¡está embarazada!

A los aldeanos les cuesta mucho creerse tal embarazo porque, es bien sabido que al hidalgo le gusta más pasar las noches en las camas del servicio que en los aposentos de su señora. Cuentan las malas lenguas que estas ansias de cuerpos ajenos, muchos añaden que mientras sean jóvenes al hidalgo le da igual el sexo que tengan, le advinieron junto con la herencia, ya que su padre, don Jaime Merino y Peñalba, también fue, lo que los lugareños denominaron, un «*picha floja*». Era tal su apetito sexual que se rumoreaba que mandó construir pasadizos secretos para que conectaran su palacio con las diferentes casas del pueblo, casas donde residían las hijas de la servidumbre. Estos estrechos y escondidos caminos también llegarían hasta Covabanza, para así asegurar una posible huida, y, como no podía ser de otra manera, enlazarían sus aposentos privados con una escondida cancela, oculta detrás de un viejo aparador, sito en la planta baja de la Casa de Placer i Allegría, la que está frente a la cantina, en el barrio de Mediavilla.

Es por esta razón que los pesqueranos tardan en creerse lo del embarazo de la señora, pero, ante la evidencia de su abultado abdomen, poco pueden ya especular.

Toda esta farsa comienza en el momento que el prestigioso galeno arriba al pueblo, cruzando el puente de piedra, montado en su litera y escoltado por dos de sus discípulos, una sirvienta y un monje quienes siempre le acompañan en sus salidas.

—Doctor, ¿qué le pasa a mi hijo? —le pregunta Catalina al galeno nada más que este se adentra en la habitación del enfermo. Una habitación grande y fría situada en la parte norte del palacio, en su segunda planta. Dos de sus paredes están decoradas con dos tapices bordados a mano que representan, uno el escudo de armas de la familia y el otro el rostro risueño del primer Merino a quien Alfonso

IX le otorgara la hidalguía por realizar un acto de gran valor, acto que a día de hoy ya nadie recuerda.

El doctor ausculta al muchacho. Lo primero que certifica es que padece de fiebres altas, que sus labios muestran unas preocupantes calenturas y sus ojos miran más hacia su interior que hacia afuera. Le aprieta el estómago y el paciente emite un gruñido de dolor.

—Mal asunto —murmura el galeno.

—¡Señora, su esposo la reclama! —interrumpe una sirvienta desde el quicio de la puerta. Lleva en sus manos un candil de cera con el que alumbra el oscuro pasillo que la precede.

—Es que a ti no te han enseñado modales, ¿no sabes que hay que llamar a las puertas antes de entrar? —le reprocha Catalina.

—Mi señora, la puerta... estaba abierta —responde la doncella.

—Y además de mal educada, insolente. Ve y dile a mi esposo que estoy con nuestro hijo y con su galeno. Dile que bien haría si él también se presentara aquí. ¡Anda, desaparece de mi vista! —le responde con tono frío y autoritario.

La sirvienta, más que irse, huye de allí, conoce bien el temperamento de su señora. Su alargada presencia la sigue escaleras abajo.

Uno de los discípulos del galeno extrae del maletín un envoltorio de cuero que coloca sobre una alacena cercana a la cama. Lo abre y extiende sobre la madera una serie de piezas metálicas, la mayoría corroídas por el uso y la falta de higiene. Seguidamente, el otro discípulo retira el envoltorio de lana y cuero que cubre un tarro de cristal, que ha traído entre paños, y lo posa con excesivo mimo junto a las herramientas. Este recipiente, perfectamente sellado, guarda la medicina secreta del galeno: las mejores sanguijuelas de todo el reino, traídas ex profeso desde tierra Santa, bendecidas por el mismísimo Cardenal Cisneros, a las cuales debe su merecida fama, no en vano es uno de los galenos con más prestigio dentro de la Corte burgalesa.

—Mi señora, espero que lo que tengo que deciros no ofenda a vuestra merced, pero, permítame serle franco: creo que debería usted hablar con su marido. Lamento *decirla* que esto pinta mal, hemos

llegado tarde y es casi seguro que su hijo no vea el nuevo año. También os rogaría encarecidamente que tuviera a bien dejarnos a solas con el enfermo. El oficio de sanar es un arte complejo y peliagudo, cualquier descuido, por pequeño que os pueda parecer a vos, podría llamar a la Parca antes de tiempo. Por favor, váyase usted y déjenos trabajar. Hable con su esposo y recen para que Dios provenga otro final.

Catalina, con semblante mohíno y taciturno por la noticia que acaba de recibir, ordena a la servidumbre que la siga y se retira de la habitación, dejando al galeno con su hijo moribundo y sus sanguijuelas.

—¡Esposo! —le dice a su marido en cuanto llega a su despacho— Las noticias del galeno son desalentadoras. ¿Qué tienes previsto hacer si muere nuestro heredero? ¿Piensas seguir jugando a fiel amante con las doncellas, llenando este valle de bastardos, o por el contrario vas a hacer algo para arreglar este entuerto y garantizarnos un heredero?

Es, tras una corta conversación, que ambos urgen un plan. Ella irá poniéndose paños y almohadones en su vientre, para simular un embarazo. No saldrá de casa, salvo para ir a misa y contadas excepciones, y se dejará ver a través del ventanal del palacio, para que el populacho pueda confirmar desde la distancia el abultamiento de su barriga.

Por su parte, él ordenará a su mejor hombre que les busque el necesitado niño, tal y como hizo con su primogénito, porque lo que los pesqueranos no saben es que, Pedro Merino nunca se ha acostado con su esposa y, pese a su fama de fecundo y prolífico varón, no ha dejado semilla alguna que le sustituya, ni en su mujer ni en los vientres de ninguna de las desafortunadas doncellas que han sucumbido a su libido.

Sí, es cierto que ante el altar juró que estaría con su esposa en la vida y en la muerte, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la

enfermedad, pero él defiende a capa y espada que en ese juramento nunca apareció el vocablo acostarse.

—¡Avisa a López! —le ordena a su ayudante de cámara ya en la soledad de su despacho.

Diez minutos más tarde su leal soldado llama a la puerta.

Álvaro López de Lozoya, alias el Tuerto, lleva varios años sirviendo a los Merino. Su curriculum es condenadamente sangriento, siempre combatiendo al sarraceno, siempre mancillando con sangre su acero. Participó en la batalla y posterior asedio que culminó con la rendición de Granada, allá por el 92. Asegura que estuvo presente cuando Boabdill, el hijo, lloró al entregar las llaves de la ciudad a la reina castellana. También participó en la persecución, y posterior captura, de cuantos herejes se resistieron a tomar el nombre de Dios como el único verdadero, e incluso, se vanagloria de haber combatido junto al mismísimo Torquemada en los cruentos motines de Burgos y Toledo, donde dio caza a los judíos conversos que allí se sublevaron. También perjura que formó parte de las guarniciones que la Mesta organizó para defender los pasos de sus acémilas del ataque de montaraces y saqueadores, acémilas cargadas de rica lana merina, de alta calidad, que se dirigían a los puertos de Bilbao, Laredo o Santander.

En una de estas escaramuzas, luchando contra unos bandoleros que asaltaron la venta de Vivar del Cid, la que está junto al molino y de la cual dicen que partió Rodrigo, el de Vivar, hacia su destierro, Álvaro López fue apresado y, a la salida del pueblo, en un recodo del camino que conduce al páramo, pretendieron ahorcarle de la rama de un árbol seco. Fue en esa batalla cuando perdió su ojo derecho y ganó su apodo.

Tuvo la suerte que, justo en ese momento, pasara por allí Pedro Merino con parte de su hueste. Regresaba de Burgos, de firmar unos lucrativos acuerdos con pastores castellanos. Al ver el rostro de Álvaro López marcado por la adversidad, con un ojo sangrante y con la sogá ya descansando en su cuello, decidió intervenir.

Después de departir durante varios minutos con su captor y desembolsar diez reales de a ocho, le liberó de una certera muerte. Este fue un gesto que Álvaro López nunca olvidaría: el hidalgo le salvó la vida y juró por San Judas, patrón de las causas imposibles, defender los intereses de los Merino hasta que la última gota de su sangre se evaporara. Con eso ya contaba el hidalgo.

—Te ordeno que partas con alguno de tus hombres y nos busques un descendiente, a ser posible que sea recién nacido y, por supuesto, varón. Vuelve dentro de cinco lunas con él.

Sin realizar pregunta alguna, tal y como siempre viene haciendo, López se inclina ante su señor, se coloca bien el parche de su ojo derecho y responde:

—¡Como usted ordenel, mi señor.



## *Una sucia artimaña*

*Di, panadera.  
Un miércoles que partiera  
el príncipe don Enrique  
a buscar algún buen pique  
para su espada ropera,  
saliera sin otra espera  
de Olmedo tan gran compañía,  
que con mui hermosa maña  
al Puerto se retrujera.<sup>1</sup>*

*Piscaria, año de Nuestro Señor de 1.502*

Doña Catalina del Moral está disfrutando de la estrenada tarde primaveral, de pie junto a uno de los ventanales de sus aposentos, tal y como lleva haciendo desde hace meses. Se pasea de un lado al otro, como si fuese un fantasma. Su vientre está cada vez más abultado, ya no sabe que meterse bajo el refajo para que los aldeanos den fe de su embarazo.

Desde su ventana ve el oratorio de san Antonio, recientemente construido, y a sus pies el puente de piedra. Severino, un sirviente de los Escalada lo atraviesa montado en una carreta cargada con leña. Se cruza con Toribio, el hijo de la cocinera de los Gallo que, hacha al hombro, parte hacia el rebollar. Se detienen unos minutos en amigable charla y siguen su camino.

---

<sup>1</sup> Poema de Juan de Mena

Catalina aguza el oído y entonces oye el ronroneo de las aguas del Ebro en su discurrir corriente abajo. Sabe que, si se concentra un poco más, podrá escuchar el monótono sonido de la rueda del molino viejo, el de Pascual, surcando la corriente, y, en el remanso del río, oirá el griterío de los mozos, chapoteando con frenesí sobre las aguas bajas del Ebro para que los asustados peces caigan dentro del trasmallo, una pequeña red de no más de dos varas que escaso éxito da a los pesqueranos.

Por el camino de Arroyo Fuentes divisa la silueta de tres jinetes. El corazón le da un vuelco. Claramente distingue la figura de Álvaro López cabalgando en el medio, su capa negra ondeando al cielo le delata. Presta, desciende hasta la planta baja y ordena a la servidumbre que la dejen sola, prefiere recibir en persona a su lacayo.

—Rápido, por la puerta de atrás —le dice a López en cuanto este descabalgua de su montura. No desea que nadie vea llegar al jinete con el bebé en brazos.

—¡¡PEDRO!! ¡¡PEDRO!! ¡¡ESPOSO MÍO!!—grita la señora llamando a su esposo a medida que suben por las escaleras de piedra.

Al ver que este no contesta le ordena a una de sus sirvientas de confianza:

—Rápida, ve a buscar a mi marido. Si no está en sus aposentos búscale en el pajar o en alguna de las celdas del sótano, seguro que está jugando a ser hombre con alguna doncella. Arrojadle agua del pozo si es preciso aplacar su lujuria, pero quiero que acuda aquí de inmediato o juro que lamentará toda su vida no haber venido.

Y, en efecto, Pedro Merino está compartiendo su amor con la nueva doncella, él siempre gusta de ser el primero en catar el género. En cuanto escucha las amenazas que su mujer le profiere en boca de la sirvienta, se incorpora del camastro de paja, se medio emboza sus calzones largos de algodón, dejando a buen recaudo a su hambriento miembro, y corre como un pingüino hacia el segundo piso del palacio.

—¿Qué desea mi señora? Estaba ultimando unas misivas para cerrar ciertos negocios con los holandeses y no escuché vuestra

llamada —miente el hidalgo terminándose de anudar el cordón de sus calzas. La mujer le lanza una mirada seca y fría. La sirvienta ríe en silencio.

—Mira, Pedro. Este es nuestro nuevo hijo. Ahora somos uno más en la familia. Debes preparar la farsa y, cuanto antes, el bautizo —dice señalando al bebé que descansa en la cunita.

Gracias a las sanguijuelas del bueno del galeno, la fiebre de su primogénito descendió hasta desaparecer, pero al estar ya López de camino a cumplir la misión, esta no pudo ser cancelada.

—Perfecto, mi señora. Haré que preparen todo y simularemos el parto. Buen trabajo mi fiel López. Ahora ve y avisa al cura: mañana mismo quiero que se oficie su bautizo. Luego bebe y come algo. Descansa que lo tienes bien ganado.

—A sus órdenes mi señor —responde el Tuerto que raudo parte hacia la casa del cura que se encuentra adosada a la iglesia de San Sebastián.

Álvaro López atraviesa el barrio de Mediavilla, dejando a la izquierda la cantina y a su diestra la Casa de Placer i Alegría. Tras una pequeña curva se levanta altiva, al fondo del empedrado, la iglesia. Una cuadrilla de artesanos está trabajando en ella sin descanso. Don Rufino Escalada, otro hidalgo pesquero y enemigo acérrimo de los Merino, decidió, como agradecimiento al santo por su intervención en los buenos negocios que se trajo entre manos y que le reportaron pingües beneficios, ofrendarle con un nuevo pórtico. Para ello ha contratado a un gremio de artesanos, de Escalada, pueblo cuna de su familia, donde habitan canteros de refutada fama, no en vano son considerados los mejores de toda Castilla.

Su intención es eliminar la vieja entrada de la iglesia, la que actualmente da al cementerio, aquella que mandó construir un Merino hace ya casi un siglo, hecho que llena a don Rufino de enorme satisfacción. Desea que su nuevo proyecto se convierta en el pórtico principal de una iglesia rejuvenecida, más acorde al momento de gloria que vive la institución y que la deslucida entrada de los Merino sea tapiada.

El nuevo pórtico estará orientado a poniente, con dos enormes arcadas donde reposarán dos campanas de idéntica proporción, algo más propio de una catedral que de una iglesia de pueblo.

Así mismo, ha encargado a los canteros la instalación de un crucero, tallado en la roca caliza, exactamente a ocho varas del portón, el mismo número de estribos que tenía la escala que empleó su antepasado, Pedro Alonso de Escalante, cuando conquistó la fortaleza de Antequera, hazaña por la que le fue otorgada la hidalguía. En ambas caras de este crucero se esculpirá la efigie de la Virgen del Calvario, en su parte oriental, y la del Cristo Crucificado, en la orientada al poniente. Para rematar la obra, también ha ordenado plantar un olmo, a la siniestra de la nueva entrada.

Dos soldados de la familia Escalada vigilan la obra. Como bien afirma el refranero —la mejor Biblia del hombre de a pie—: *El trabajo es mengua de la honra*. Es por eso que Rufino Escalada ha dispuesto sus soldados a fin de controlar los trabajos, o más correcto sería decir, vigilar a los trabajadores para que estos no malgasten su tiempo ingiriendo vino o hidromiel en la cantina o derrochando sus escasos emolumentos en la Casa de Placer i Alegría, en vez de construir el pórtico en el tiempo contratado. Ya lo dijo Corcubiales: las únicas virtudes que hay que engrandecer para alcanzar la gloria y el cielo son la vagancia, la holgazanería, la espada y la cruz.

*Qué grotescos están, con esas ridículas fajas rojas ancladas a su cintura. Con ganas los ensartaba en mi frío acero*, se dice el Tuerto cuando ve a los dos soldados plantados como estatuas frente a la iglesia, vigilantes, voceando para que los jóvenes aprendices no se duerman y se concentren en el trabajo.

Todos en el pueblo son conscientes de la enemistad que reina entre ambas familias. Los Merino y los Escalada. Los Escalada y los Merino. Los Montesco y Capuleto castellanos. Esta enemistad viene de épocas pasadas, hace tanto tiempo de ello que ya nadie conoce la verdadera razón de tanto odio. Aunque en público se

sonrían y saluden, se adulen y reverencien, en privado confabulan y buscan la fórmula para dañar sus intereses. ¡Bendita hipocresía!

Por suerte, el cura está atento a los trabajos y según ve llegar a Álvaro López, se acerca hasta él, evitando así que una mala mirada degenera en tragedia.

—Hola Álvaro, ¿dónde has andado? Llevamos meses sin saber de ti —le pregunta el clérigo con una sonrisa de oreja a oreja, encorvando aún más su cheposa espalda.

—Asuntos de mi señor que a ti no te incumben. Te estaba buscando. Don Pedro quiere que se le envíe una partera al palacio, doña Catalina está a punto de dar a luz. También te se ordena que mañana al atardecer oficies el sacramento del bautismo.

—¡Ah! Un nuevo Merino. Mis plegarias han sido escuchadas. Dile que salgo ahora mismo en busca de la comadrona —responde entusiasmado el clérigo.

Sin ni siquiera dirigirle una nueva mirada al sacerdote, López espolea su montura y se encamina a la casa Torre de los Merino donde reposa su guarnición, una docena de hombres valientes, dispuestos a dar la vida por su señor. La casa Torre se ubica a pocas varas de allí, en el barrio de los Giles. En cuanto el Tuerto se aproxima a su fachada, puede oler el aroma del guiso de campaña que comen cada día sus subalternos y que él lleva meses sin probar. Sus dos hombres le esperan a la puerta.

Un nuevo día languidece entre brumas. El falso alumbramiento ha resultado todo un éxito y, en cuanto el llanto de un recién nacido atraviesa las paredes del palacio y se pierde entre las callejas, todo el populacho acepta el engaño.

Los preparativos para el bautizo están ya terminados y el cura y dos de sus monaguillos esperan con sus hábitos de gala. Muchos pesqueranos se agolpan junto a la iglesia, ansían conocer al nuevo Merino.

Dentro de la iglesia solo se ha permitido la entrada a miembros ilustres de otras familias de hidalgos como los Escalada, los

Valdivielso, los Allende, los Fernández del Moral, los Gallo de Alcántara. También se ha guardado asiento para el jefe de canteros, el juez y dos miembros de la Orden de la Banda, colegas de Pedro Merino.

Varios soldados de la guarnición de los Merino controlarán al populacho. Por su parte, la familia Merino, como siempre, tiene su asiento reservado, en la primera bancada, junto al altar, son los privilegios propios de su estirpe.

Don Fulgencio, el párroco, está bendiciendo al recién nacido, a punto de ungirle con la sal y otorgarle el nombre de Benjamín, según deseo expreso de su madre, cuando el portón del nuevo pórtico, aún sin rematar, se abre de par en par, dejando irrumpir en la iglesia los tímidos rayos del sol de poniente. Ese momento es aprovechado por decenas de curiosos que levantan sus cabezas con la intención de tener algo que contar en su cita diaria en la cantina.

La sombra alargada y encorvada de una mujer penetra hasta el altar cubriendo al cura, al niño y al santo que reposa bajo el crucero.

—¡ESE NIÑO NO ES TUYO! LO HAS ROBADO. ASESINO —grita con voz desgarrada una anciana de mirada perdida.

—¡Qué dice esta loca! Yo no he matado a nadie —responde presto Pedro Merino.

López agarra su acero.

—No te lo digo a ti. Todos sabemos que tú solo eres un cobarde *picha floja* que encarga la sangre a sus lacayos e incapaz de traer nada a este mundo. No. Te lo digo a ti —dice señalando con su bastón al jefe de la guarnición—. Sí, a ti, Tuerto. Con esa misma espada manchada con sangre de inocentes que con tanta gana aferras, con ese mismo acero con el que has segado la vida del colmenero, te será arrebatada la tuya. ¡El porqué yo me le sé! —Finaliza y dando la espalda al altar se dirige hacia la salida.

—¡ECHAD A ESA LOCA DE AQUÍ! —grita el cura que no da fe de lo que está escuchando.

Pero las palabras de la anciana, como si fuesen polen al viento, ya han sobrevolado la nave central. Un murmullo, al principio

tenue, recorre las bancadas. A medida que la anciana avanza hacia la salida, el eco de su frase la acompaña, embraveciéndose a cada paso y, como una ola en alta mar que va creciendo y creciendo hasta que finalmente rompe en la costa, el eco de esa frase estalla una y otra vez en las cabezas de los invitados perdiéndose entre el gentío:

*¡¡Ese niño no es tuyo!! ¡¡Ese niño no es tuyo!!*

La anciana abandona la iglesia y se aleja calle abajo. Apoyada en su bastón atraviesa la Casa de Placer i Alegría, cruza por delante del palacio, sin ni siquiera dedicarle una triste mirada, y toma el camino de la Vega.

Un ojo, henchido de ira, la sigue calle abajo. El Tuerto se jura que no perdonará esa afrenta hecha a su señor:

*Maldita bruja*, se dice con el sabor de la bilis en sus labios y el tacto de su acero en las yemas de sus dedos.

Por su parte, Pedro Merino también la sigue y, mirando al Cristo del crucero, jura que, antes de que acabe el día, bailará sobre sus cenizas.

Tras casi media legua de lenta caminata, la anciana llega a la casa del fallecido Jeromo, abre la puerta y dice a las mujeres que allí reposan:

—Tomad lo que necesitéis y huid de este valle. Desapareced durante varios años y, cuando todo vuelva a la calma, regresad, yo os esperaré en Turzo. Estad seguras que os seguirán, así que para despistarlos deberéis tomar el camino de la Vega. Una vez estéis en el cruce de Turzo dejar el sendero principal y seguir la ribera del Ebro. ¡Vamos!, ¡a qué estáis esperando!, yo enterraré a vuestro hombre, ya le habéis velado bastante.

Las mujeres, pese al mal estado de la parturienta, envuelven a la recién nacida en paños, llenan un morral con sus contadas posesiones, recogen las pocas raciones de comida que poseen, enjaezan la burra y abandonan su hogar.

Piscaria tiene, desde que se fundó allá por el siglo X, una particularidad que algunos han definido como maldición, pero que la hace única: Dada su especial ubicación, carece de atardeceres.

En cualquier otro lugar del mundo, cuando el sol termina el día se oculta por el horizonte y lo hace entre tonos naranjas y rubís, empequeñeciéndose a cada segundo, hasta que finalmente desaparece. En cambio, este baile de colores no ocurre en Piscaria. Un par de horas antes de que el astro rey se pierda bajo la línea del horizonte, las faldas del Alcidón ocultan sus rayos y son las sombras de este monte, con sus tonos grises y con sabor a muerto, y no los alegres carmesí, quienes invaden el pueblo. Por eso, mientras en el páramo aún luce el sol, en Piscaria reinan las tinieblas.

Es, en esas horas de falso crepúsculo, cuando tres jinetes parten del palacio de los Merino portando sendas antorchas. Enfilan el camino de la Vega, a las faldas del Alcidón, y se pierden entre los bosques de quejigos y carrascas. Desde la distancia únicamente se distingue el resplandor de sus teas brillando entre el ramaje.

Al llegar a la casa del colmenero, y sin mirar si hay alguien dentro o no, arrojan las susodichas teas ardientes sobre su techado. Media hora más tarde repiten la misma operación sobre una vieja cabaña de madera, próxima a las Colmenas, donde suponen mora la anciana.

—¡Muere, bruja! —escupen con el odio en los labios.

Desde el ventanal del palacio, Pedro Merino observa cómo la luz de dos hogueras rasga el atardecer. Sonríe para sus adentros:

*Esto servirá de escarmiento a quienquiera que ose retarme. Nadie se ríe de un Merino y menos pretende dejarme en evidencia,* se dice con la sonrisa en sus labios y un escozor en su entrepierna.

Con el sabor de la venganza en su paladar, regresa a sus aposentos, abre la cancela que da entrada al pasadizo secreto y, con una lasciva sonrisa, se escurre como una comadreja hacia la Casa de Placer i Alegría.



## *Adiós Piscaria*

Cansadas y sucias por el polvo del camino, Elvira, Fátima y su recién nacida llegan al cruce de Turzo. Siguiendo el consejo de la anciana toman el sendero que acompaña al Ebro en su discurrir hacia el norte. Es una vereda que desconocen ya que solo es transitada por cabras, jabalíes o corzos. Una vereda demasiado abrupta, con piedras afiladas por losas y de terreno resbaladizo, así que deben prestar mucha atención donde pisan.

Tienen Las Calzadas a la vista cuando, instintivamente, después de mirarse a los ojos, vuelven su mirada hacia lo que dejan atrás. Saben que no necesitan decirse nada, a ambas mujeres les asaltan los mismos recuerdos: Esos días de rudo trabajo, luchando contra esa tierra huraña y pedregosa; esos sudores que sacrificaron para obtener su primera cosecha, de la cual solo una pequeña parte terminaba en sus despensas; esas noches de insomnio, rogando a Dios que no granizase para que sus escasas mieses no se echaran a perder.

Saben que pese al sufrimiento vivido, añorarán esos bosques bajos formados por quejigos y sabinas, añorarán el ruido del molino de Pascual, el zumbir de sus abejas, el sonido del viento entrando por las Calzadas o por la vaguada de Sobrepeña, con ese aire del

sureste que en otoño zarandea los castaños y nogales, salpicando el suelo con sus frutos.

A pesar que esos recuerdos les duelen, desean regalarle un último adiós a las escasas propiedades que dejan en su huida.

En la lontananza ven, elevándose entre las copas de los árboles, la humareda producida por un fuego. Suponen, y con acierto, que el Tuerto ha regresado a su hogar con la insana intención de eliminar cualquier rastro de su presencia. Un poco más hacia oriente atisban otra columna de humo e imaginan que la casa de la anciana ha seguido la misma suerte.

—¿Crees que se habrá salvado? —le pregunta Fátima a su madre mientras cabalga a lomos de la burra con su recién nacida adormilada en su regazo. Su madre va delante, abriendo el camino, siempre siguiendo el serpenteante cauce del río Ebro.

—Tranquila, hija mía, estoy segura que estará a salvo. La Juliana es mucha mujer para esos tunantes, pese a su extraña ceguera y lo torpe que parece, les habrá dado esquinazo en la primera legua, es mucho más lista de lo que la gente supone.

Ríen, más que nada por eliminar la rabia que anega sus venas y buscar algo de alegría donde no la hay. Arrean a la burra y continúan río abajo, siguiendo las eses que el juguetón Ebro dibuja.

Tal y como la anciana les indicó atraviesan el Cañón del Ebro y toman el sendero en dirección al convento de Rioseco. Por suerte, esa noche la luna está más bella que nunca, lo que les permite disponer de más horas de luz, aunque unos nubarrones negros amenazan por el septentrión.

—Madre, júrame que volveremos a por mi niño y mataremos a esos malnacidos.

Elvira calla.

Más de una vez ella ha deseado arreglar cuentas con el inquisidor que le robó a su esposo, pero desde que aprendió a vivir con el dolor en vez de con el odio, su vida ha resultado más llevadera. Sabe que el rencor y la venganza son malos compañeros de viaje.

Ha transcurrido una jornada y, debido a lo abrupto del sendero, han avanzado menos leguas de las que esperaban. El camino, en algunos puntos, es demasiado empinado y estrecho, lleno de trampas naturales, lo que dificulta el avance del animal que, cuesta arriba se defiende bien, pero cuando el camino mira hacia abajo deben andar con mucho tino para que este no descalabre.

—Quizá estas altas montañas, dentro de muchos años, sean un paisaje maravilloso, e incluso puede que personas de otras tierras vengan a visitarlas dada la belleza de sus riscos, peñas y barrancos, pero ahora, hija mía, estos montes nos miran con resentimiento.

—¿Por qué dice eso, madre? —pregunta Fátima.

—Mira, hija mía, que angosto y difícil es el camino. Estos salientes, esta piedra cortada a cuchillo, con sus quebradas y torrenteras, nos impiden avanzar con fluidez. Es como si el monte deseara retenernos en su regazo, nos quiere presas—le responde Elvira.

Se detienen en un alto del camino y otean hacia atrás, buscando algún rastro de polvo que delate que las siguen, mas todo está en calma y solo la propia orografía del terreno es ahora su enemiga.

—Descansemos un rato, madre. Dejemos reposar a la montura. Mira, esas nubes, el cielo amenaza tormenta.

—A algo más de media jornada se encuentra la ermita de San Roque, seguramente esté vacía. Intentaremos llegar allí con el alba para poder resguardarnos del aguacero bajo su techado. Pero hasta que ese momento llegue procuremos acercarnos a la cueva de la Corva, allí podremos cobijarnos y pasar la noche. Recemos para que la lluvia nos respete, solo faltaba que además de apaleadas, viajáramos mojadas.

Con los últimos e invisibles rayos del sol iluminando esas densas nubes que indican la entrada al infierno, las dos mujeres llegan a la cueva. No es que esta sea amplia, pero bien les servirá para protegerlas del viento del norte, que es quien acerca el agua a esos parajes.

Antes de acomodarse en su interior, Fátima inspecciona los alrededores: Busca trozos de corteza y paja seca con los que

componer una pequeña cesta. Su intención es la de anclar ese canasto al animal, meter dentro de él a su hija y cubrirla con una pieza de lana, rematada con una fina piel de cuero.

—Aquí ira más protegida —le dice a su madre cuando termina el cestillo.

Una vez dentro del interior de la cueva hacen una pequeña fogata y terminan con sus escasos víveres. Fátima amamanta a su retoño mientras su madre da a la burra unas brazas de hierba que recogió de los alrededores. Es una noche cerrada, con vientos húmedos. En el silencio de la negrura escuchan el ronroneo del Ebro, solo acallado por el estremecedor aullido del lobo y las pisadas, casi mudas, de algún corzo. De la luna ya ni rastro.

Antes de dejarse llevar por los sueños, Elvira se asoma a la entrada de la cueva y otea el paisaje. Dada la carestía de luz que reina en el ambiente no hay mucha diferencia en mirar hacia adentro o hacia afuera de la cueva. Aguza bien la vista. A lo lejos, cree percibir una tímida luz que parpadea entre el ramaje de sabinas y rebollos.

*Una fogata*, se dice.

Alguien las sigue y no se halla lejos. Prefiere no decir nada a su hija, no desea alterarla más de lo que ya está.

Terminada la inspección, se acomoda junto a su hija. La recién nacida descansa en el capazo. Los ojos de Elvira se cierran y, a pesar de las pesadillas que asaltan sus sueños, ambas mujeres duermen unas horas.

Con las primeras luces del alba intentando atravesar las densas y amenazadoras nubes, las tres mujeres reanudan su marcha. Parece ser que san Isidro Labrador les está dando una tregua, desoyendo a los pobres agricultores que en sus rogativas le han pedido la necesitada agua para sus labrantíos. Las mujeres ignoran si el santo les permitirá llegar secas a la ermita ya que el cielo está cada vez más negro y hace horas que no ven a los buitres volar en lo alto, mal presagio.

Continúan el pedregoso camino con las únicas paradas que les obliga la niña cuando, con un tenue llanto, esta les solicita su ración.

Las aguas cristalinas de un manantial les invitan a hacer un alto en el camino. Aprovechan para llenar su odre y asearse un poco. Elvira se suelta el moño y deja que su pelo ondee al viento.

*El tiempo no pasa en balde*, se dice al ver el reflejo de su rostro en las cristalinas aguas. Mira cómo sus cabellos caen lacios y sucios. Recoge unas plantas que usa a modo de jabón y se lo lava.

Se palpa la cara y la nota más rugosa, sus ojos ya no muestran la vitalidad de otros tiempos. Echa de menos a su esposo quien siempre la trató con respeto. Una tos seca detiene sus pensamientos.

—¿Está usted bien, madre? —pregunta inquieta Fátima.

—No es nada, mi niña. Solo un poco de catarro —miente Elvira ya que en su mano han quedado prendidos unos hilillos de sangre, sutiles, que cuesta distinguirlos entre la saliva, pero ella conoce bien esa enfermedad.

Después del merecido descanso, que hasta la burra aprovecha para meterse en la rica agua, Elvira le dice a su hija:

—Ahora que caigo, hija mía, tu hija aún no está bautizada.

—¿Después de lo que nos han hecho esos desalmados, aún cree usted en su dios, madre?

—En nada tiene que ver su dios con su codicia. Al hombre lo que es del hombre y a Dios lo que es de Dios. Además, mi niña, no deseo convertirla a la fe de Cristo, sino simplemente darle un nombre.

Con el beneplácito de la madre, Elvira toma al bebé en brazos, lo acerca al manantial y, dejándole caer unas tímidas gotas en la frente, añade:

—Desde este instante te llamaremos Anabel, al igual que se llama la ninfa del fuego, la décima hija de Zeus.

—Madre, me gusta el nombre que has elegido para mi hija.

En el mismo instante que la niña está recibiendo su nombre, un jinete se detiene frente a la cueva de la Corva, desciende de su

montura y se acerca a los restos de unas brasas, recientemente apagadas, que se esconden al fondo de la misma.

*Aún están calientes. Me deben llevar tan solo unas horas,* murmura para sí, acercando el torso de su mano a los restos del fuego.

Se incorpora y, elevando su cara, aspira el aire circundante, desea comprobar a que huele. Un tenue aroma a brasas recorre su nariz, pero entre ese olor se esconde una leve fragancia: Huele a hembra.

Se sonríe.

Ya, fuera de la cueva, descubre unas pequeñas ramas rotas y a su lado, dibujadas entre el barro de las rocas, las huellas de un animal. Apuntan hacia el norte:

*Van hacia Manzanedo. ¡Ummm! Seguro que buscarán refugio. Irán hacia la ermita de San Roque,* piensa.

Mira el cielo, las nubes son cada vez más negras y espesas, amenazando de un momento a otro con tormenta.

Ajusta bien su arco a la espalda, se recoloca el mortal acero, monta en su caballo y le pica espuelas para que este avance lo más veloz que le permita el escabroso camino. Cuánto antes dé con ellas y ponga fin a sus vidas, antes regresará a la casa Torre de los Merino, echa de menos el guiso de campaña.